

LOS VALDENSES

Lectura bíblica Daniel 8:19-24.

PLANES PARA EL PROGRAMA Este es un programa apropiado para presentarse al aire libre, por la noche, alrededor de una fogata. Tiene por tema la historia de los valdenses, según aparece en El conflicto de los siglos. Tres o cuatro buenos lectores pueden leer párrafos seleccionados del capítulo 4, uniéndolos con palabras propias. Luego vienen las historias de los actos de heroísmo de algunos jóvenes valdenses. Después, el narrador hará un llamamiento a la consagración para que se aproveche mejor la oportunidad que tenemos hoy de testificar libremente por nuestro Señor. Pronto llegará el tiempo cuando nuestra juventud tendrá que servir a Dios bajo condiciones semejantes.

MATERIAL SUGERENTE:

Un cuadro de montañas (pintado sobre cartón, madera terciada, etc., en el caso de que no se pueda ir a un ambiente natural)

Ambiente de campamento: carpas, fogata, etc.

Ropa para usarse en la montaña: chaqueta especial, botas, pantalones gruesos, camisa, etc.

Equipo de alpinismo: cuerdas, piquetas (si se pueden conseguir).

Instrumentos antiguos de escribir: tintero, cañón de pluma para escribir, candelero, etc.

Cuando la congregación esté completa, apáguese las luces y enciéndase la fogata. Cuando el narrador comienza a leer su parte, los valdenses entran cantando el himno titulado "Dame la fe de mi Jesús", Himnario adventista, No. 371. Vienen atados uno a otros con cuerdas, a la manera de los alpinistas. A medida que continúa el narrador, los valdenses se desatan las cuerdas y toman de la carpa algunos instrumentos musicales: acordeones, instrumentos de banda, etc., y tocan música de fondo que continúa durante todo el programa.

Después de la narración, los valdenses dirigen a la congregación en el canto de algunos himnos sagrados. Esto es de pronto interrumpido por una patrulla de soldados. Un menor corre al campamento, gritando muy exaltado: "¡Se acercan los soldados!" Los valdenses apagan el fuego, juntan todo su equipo de campamento y se ocultan mientras unos hombres vestidos de soldados, que traen armas de fuego y una linterna, pasan por la escena. Cuando desaparecen los soldados, continúa el servicio de canto, y luego los jóvenes relatan su historia.

Una presentación como ésta puede resultar muy eficaz. Es fácil de preparar y beneficiará tanto a los que la oigan como a los que la preparen.

- Rubén, Me llamo Rubén. Amo estas montañas. ¡Cuántas veces he pastoreado mis ovejas por estos cerros y correntosos arroyuelos! Mientras lo hacía, memoricé parte de la Palabra de Dios. Quince salmos que me he aprendido de memoria, me han resultado preciosísimos. Acabo ahora de memorizar todo el Evangelio según San Mateo.

Hace pocos días tuve, por la gracia de Dios, un incidente maravilloso. Uno de nuestros hermanos me contó que, del otro lado del río, un hombre que tenía hambre y sed de la Palabra de Dios se hallaba al borde de la muerte. Protegiendo algunas páginas de la Biblia dentro de la boina, me lancé al agua. Era difícil nadar en aquellas aguas heladas, pero ¡qué satisfacción me produjo ver que los ojos de aquel moribundo se iluminaban de gozo cuando le leía algunos pasajes de la vida de Jesús! No regresé hasta que me confirmó que realmente creía en el amor y en el perdón de Dios.

-José. Como Uds. saben, hace poco que comencé a realizar esta obra. Lamento que fui rebelde durante mi juventud, cuando rechazaba las enseñanzas acerca de Dios que mis padres querían impartirme. Se necesitó una gran tragedia para apartarme de mi locura. Recuerdo muy bien una noche, hace dos años, cuando toda mi familia y algunos de mis amigos estaban ocultos en la cueva que se encuentra en Angrogna. Se hallaban en gran peligro porque nuestros enemigos los buscaban. Mientras yo atravesaba el bosque para unirme a ellos, oí algunos disparos. Al volver unos pocos pasos en la dirección de aquellos estampidos, contemplé algo que me paralizó el corazón. Los soldados habían descubierto la cueva donde se habían escondido mis seres amados. Sin poder hacer absolutamente nada por ellos, tuve que contemplar desde

las sombras cómo los soldados hacían humo a la entrada de la cueva para sofocar a los que se habían refugiado en ella. Algunos niños que se atrevieron a salir, fueron lanzados al precipicio. ¡Aquello fue terrible!

Después que se retiraron los soldados, busqué los cuerpos de mis padres entre los cadáveres. Los encontré. Y allí, bañado en lágrimas, prometí a Dios que enmendaría mi pasado y continuaría la obra de los que perecieron.

Ahora labro cofres para joyas, que salgo a vender de ciudad en ciudad. Entre las costuras de mi ropa oculto algunas páginas de la Palabra de Dios. ¡Cuánto me gusta leerlas a otros cada vez que tengo oportunidad de hacerlo!

Cierto día, mientras conversaba con un herrero, se le cayó un martillo sobre el pie. Comenzó a blasfemar. En un tono amistoso y de comprensión le dije: "Siento mucho lo que le ha pasado; pero, cuidado, no tome el nombre de Dios en vano". Al principio se mostró muy enojado, pero luego su expresión cambió.

Lamentó lo que había dicho, y aparentemente estaba muy animado con lo que yo le había hablado acerca del amor y el perdón de Cristo. Antes de retirarme, le leí estas hermosas palabras de San Juan:

"Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida" (1 Juan 5:11, 12).

- Juan. Dios nos ha dado el gran privilegio de vivir en estas montañas. Aquí podemos apropiarnos de las palabras del salmista: "Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra" (Sal. 21: 1, 2). Todos sabemos cuánta protección nos dieron ellas y cuántas veces nos salvaron la vida, cuando nos perseguían los enemigos de nuestra fe.

Estoy convencido de que Dios nos condujo a Pra del Tor, que queda detrás de unos riscos escarpados y oculta tras angostos desfiladeros." como un refugio preparado para nosotros." ¡ ¡Cuánto me agradaba estudiar la Palabra de Dios sobre escritorios improvisados de piedra y hacer planes para propagar su voluntad!

Acabo de regresar de un viaje de seis semanas. Antes de salir copié varios capítulos de las Escrituras. Luego conseguí seda muy fina de Venecia y, mientras viajaba para venderla, llevaba algunas páginas de la Palabra de Dios en las cajas de más abajo. Encontré muchas oportunidades para dar testimonio por Jesús. Una vez, mientras le vendía seda a una mujer joven de Augsburgo, la encontré muy triste. Después de preguntarle qué le pasaba, me enteré que acababa de perder a tres hijos, víctimas de una plaga. Se hallaba fuera de sí. Le cité entonces las Escrituras: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Cuando el rostro se le iluminó de gozo, le aseguré que si era fiel volvería a ver a sus hijos. Antes de continuar mi viaje, tomé una copia del Salmo 37 -que llevaba oculta entre las sedas, y se la regalé. Todavía me parece verla a la puerta de su casa, mientras se le llenaban de lágrimas los ojos, brillantes de gratitud. Es maravilloso poder trabajar para Dios.

- Patricio. ¡Cuánto placer me produce el volver a estas montañas! Soy misionero en una gran universidad de Francia, donde estudio música, Allí me ocurrieron incidentes muy interesantes. Tengo muchos conocidos, pero ningún amigo íntimo, porque no puedo confiar en nadie. En el conservatorio de música, busco toda oportunidad de animar a otros estudiantes y orar con ellos. Si se muestran genuinamente interesados, les doy algunas porciones de las Escrituras. Solía llevarlas dentro de mis libros de música, pero esto se hizo peligroso porque algunos me los pedían prestados. Ahora tengo pliegues especiales en la ropa, en donde oculto páginas sueltas de la Palabra de Dios.

En el internado se me presentan muchas oportunidades de ayudar a algunos de mis compañeros a encontrar al Salvador y a disfrutar como yo de la paz de Dios. Cierta día; durante un ensayo de la orquesta, corrí grave peligro. Uno de los cornetistas, que era romanista radical, me acusó de ser herético. Aquello me sorprendió grandemente; pero; antes que yo pudiera decir nada, otro músico con quien habíamos orado juntos, además de varios otros muchachos del dormitorio; acudieron en mi defensa. Se desarrolló una discusión muy violenta, y en la confusión que se produjo me escapé con la ayuda de uno de mis compañeros. Doy gracias a Dios por la oportunidad que me concede de continuar dando testimonio por él.

-Pedro. Recuerdo muy bien aquel sábado. Una gran nube, como presagiando lo que había de sucedernos, proyectaba sombra en nuestro valle, oculto en medio de los Alpes. En todas nuestras iglesias se había clavado un edicto del príncipe quien ordenaba, bajo pena de muerte, que los valdenses cesaran la práctica de su religión. ¿Cómo podíamos abandonar la religión para defender la cual nuestros padres habían sacrificado la vida? ¿Cómo podíamos olvidar al Dios de quien habíamos aprendido desde temprano en la niñez?

Pronto apareció un gran ejército a la entrada de nuestro valle de Lucerna. Inmediatamente construimos barricadas para defendernos, pero tuvimos que abandonar nuestras casas y huir a las montañas. Allí, sin embargo, fuimos protegidos por la escarpada majestad de aquellos centinelas. Como en una inmensa catedral de Dios, nos sentíamos seguros.

El marqués de Pianezza, jefe del ejército romanista, probablemente asustado por la enconada resistencia nos pidió la paz. Mi pueblo envió entonces a algunos de sus dirigentes al valle para buscar algún arreglo. El marqués pidió disculpas por la manera como había entrado en el país y dijo que solamente había venido persiguiendo algunos fugitivos de la justicia, y que no teníamos razón por la cual temer daño alguno. Solamente deseaba que mantuviéramos su ejército en nuestros hogares hasta que hubiese terminado su tarea.

Pero eso no fue sino la ocasión para exterminar a mi pueblo. Bajo nuestro techo y alrededor de nuestras mesas, agasajamos a los verdugos de nuestras familias. Los lobos y los corderos comían juntos. Los primeros dos días pasaron tranquilos. El marqués necesitaba tiempo para prepararse. Poco a poco, sus soldados fueron ocupando los dos pasos que daban acceso al valle. Lo que había sido nuestra fortaleza, se convirtió ahora en una trampa en que poco después fuimos tomados.

Recibimos el golpe fatal el sábado 24 de abril de 1655 a las 4:30 de la madrugada. Me hallaba ordeñando cuando de pronto oí un estampido en el castillo de la torre. En un momento se esparcieron el desmayo, el horror y la agonía por todo el valle pacífico. Como Caín que se levantaban para ultimar a sus hermanos, los soldados comenzaron la matanza. Me apresuré a ir a casa, donde vi que los soldados arrebataban a mi hermano bebé de los brazos de mi madre, lo tomaban por los piecitos y le golpeaban la cabeza contra las rocas. Luego mis padres fueron desollados vivos sin piedad. Algunos fueron enterrados vivos en sus propios sembradíos. Quienes corrieron hacia la montaña fueron perseguidos y aniquilados. Las corrientes de agua antes cristalinas, se tiñeron de sangre. Hasta las piedras parecían gritar su agonía.

De pronto pasó la tormenta por todas partes reinaba el más profundo silencio. El pueblo no respondía. Nosotros, los escasos sobrevivientes, nos reunimos Y caímos de rodillas mientras el sol se ocultaba detrás de la montaña. Allí clamamos a Dios con las palabras del Salmo 79: "Oh Dios, vinieron las naciones a tu heredad... dieron los cuerpos de tus siervos por comida a las aves de los cielos..., derramaron su sangre como agua... y no hubo quién los enterrase".

¿Hay alguien todavía dispuesto a sostener la luz vacilante? ¿Podrán estos valles continuar protegiendo a los pocos representantes que quedan del pueblo de Dios? Allí, postrados, miramos hacia el cielo, y recobramos nuestra esperanza.

Quiera Dios ayudarnos a permanece fieles hasta el fin.